

Los elementos esenciales

Carla Nagy

Andrés, el hermano de mi abuelo, era un hombre aventurero y audaz. Dicen que se despertó una mañana y decidió irse de Caracas, una ciudad de millones, para vivir en la selva con los indios Yanomami.

Mi primer recuerdo de este hombre fue cuando yo tenía cinco años y él regresó a la casa de mi bisabuela para contarnos de sus aventuras en la selva. La casa estuvo llena de nuestros familiares y vecinos, todos aguzando el oído con la esperanza de saber de su vida secreta.

Sentado en la silla roja de mi bisabuela, con su bolsa de cuero que tenía desde que era joven, contaba de cruzar el río Orinoco, dormir en la selva y comer hormigas con su nueva familia. Él nos captaba la atención con cuentos maravillosos que nosotros no podíamos imaginarnos. Estas visitas eran siempre cortas y terminaban de la misma manera. Después de despertar el interés en todo el mundo, Andrés se iba a un cuarto, apagaba la luz y no hablaba con nadie por el resto de su visita. Una noche, para saciar mi sed de saber qué traía en su bolsa de cuero, entré al cuarto y descubrí que entre un poco de ropa y otras cosas, había un álbum de fotos. Página por página, vi las caras de mi familia hasta que llegué a la última. Mi foto, mi cara, me estaba mirando en esa bolsa misteriosa de cuero que había visto una parte secreta del mundo por tanto tiempo.

Al próximo día se fue de nuevo. Con su machete recién afilado, una caja de whisky y su bolsa de cuero, se fue a la selva por otro año, con sus elementos esenciales.